

María del Carmen Vázquez Mantecón

Cohetes de regocijo

Una interpretación de la fiesta mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

264 p.

(Serie Historia General, 35)

ISBN 978-607-02-9484-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2017

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cohetes/682.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



IMAGINARIOS HEREDADOS Y PROPIOS

Los fuegos artificiales de las fiestas novohispanas y mexicanas quedaron registrados en actas y crónicas desde el año de 1585, contentándose, la mayor parte de las veces, con la simple noticia de que “se había gastado mucha pólvora en sus invenciones”. A pesar de todo, hubo fechas afortunadas que dejaron memoria de los pormenores de cada una de éstas, incluido su asunto principal, sus símbolos y valores, el mensaje de los poderes en turno o, entre otras muchas cosas, la explicación de sus personajes míticos, bíblicos, heroicos o literarios y la alegórica enseñanza que representaban.¹ También fueron descritos el tamaño de las estructuras, la variedad de sus artificios, sus formas, la duración de su juego, su gasto y, sobre todo, el efecto seductor que produjeron en sus observadores. En el mundo europeo —en el que hunde sus raíces y comparte muchos de sus temas—, sus monarcas, presentes en los festejos, obligaron y favorecieron la construcción de grandes escenarios pirotécnicos o “máquinas de fuego” que en la Nueva España no fueron necesarios. Aquí sucedió en los tablados y en los juegos individuales, posteriormente en la incorporación de la pirotecnia a los edificios emblemáticos de las ciudades, produciéndose igual efecto, en un imaginario sostenido por el más efímero de todos los artes a los que convocaban las fiestas. Su trama se teje con herencias medievales, renacentistas, barrocas y modernas. A esta última se agregan símbolos propios y particularidades notables en la que destaca el amoroso, metafórico y fascinado discurso que la describió. Además dio cuenta del regocijo que provocaban en la gente, la necesidad de los poderes por legitimarse y mostrarse con la fastuosidad de los colores, las formas y

¹ Es necesario puntualizar que me referiré aquí a los ejemplos más significativos de un entramado en el que fue una constante el uso festivo de cohetes y fuegos, así como sus particulares historias y motivos.

los estruendos o, lo que se consideraba “más vistoso entre todo lo programado”, comprendidos procesiones, juegos, dramas, músicas, danzas, sermones o mascaradas.



Los festejos de los caballeros españoles y criollos en la Nueva España durante el siglo XVI, y buena parte del siguiente, incluyeron las gustadas escaramuzas o simulacros de batallas entre moros y cristianos, que contaron con los mismos atributos y argumentos que se acostumbraban en los juegos de la España invadida por los árabes y luego en la España liberada a partir de 1492. Ese episodio se convirtió en un guión que, invariablemente, contaba con la construcción de un castillo con materiales perecederos, que era ocupado y defendido por los también llamados turcos, que, al final, perdían la fortaleza y eran rendidos y vencidos por sus enemigos de fe. Según el historiador Luis Weckmann, en la Nueva España, también se llegó a construir un castillo alumbrado con ocotes al borde de la laguna, que podía ser atacado por los turcos vestidos con turbantes y marlotas, puntualizando, en todos los casos, que lo que se evocaba con ello era la invencibilidad de las armas cristianas. Los indios de México, Santiago y Xochimilco, en canoas enramadas “a modo de guerra”, hacían parte de la ficción del lado de los cristianos.²

No hay evidencia, sin embargo, de que esos primeros castillos contaran con propios artificios de pólvora, más allá de la artillería que disparaban ambos combatientes y el lucimiento se lograba con la “construcción escenográfica” y el fragor como el de la guerra de esas fortalezas de madera de varios pisos. Pero cuando los fuegos de artificio ya fueron una costumbre festiva hacia la última década del siglo XVI, era tan apreciado el derrumbe del castillo que su magnificencia y su estallido se convirtieron en la parte culminante de esas escaramuzas y de otro tipo de festejos o de danzas que emulaban esos combates. Tenemos el ejemplo de ello en el castillo “de fuego y pólvora”, que se levantó para halagar una noche de noviembre de 1595 la entrada a la ciudad de México del virrey Gaspar Zúñiga y

² Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, segunda edición, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 127 y 529.

Acevedo conde de Monterrey.³ En esa ocasión, participó “la flor de la sociedad colonial” dividida en dos bandos disfrazados, respectivamente, de caballeros de Malta y de Turcos.⁴

Los castillos desligados de las escaramuzas de moros, aunque no de otros tipos de combates, comenzaron a imponerse en el siglo XVII. En la doble solemnidad por la dedicación del templo de la Profesa y por la beatificación de Ignacio de Loyola en julio de 1610, destacó un “hermoso castillo de siete varas de alto y de cantería bien fingida”, que fue disparado a plena luz del día en el preciso momento —eran las 8 de la mañana— en que la procesión salió de su nuevo templo para volver a él después de un vistosísimo y fogoso recorrido. Se trató de una invención montada en un carro de cuatro ruedas jalado por veinticuatro “salvajes” vestidos con cerdas largas y “máscaras muy al propio”, que fue ofrecida por “los morenos criollos de una cofradía que tienen en el convento del gloriosísimo Padre Santo Domingo”. Delante de la perecedera fortaleza, otros cuatro “salvajes” llevaban en hombros una silla y en ella sentado al “rey del castillo”, quien al pasar frente al Santísimo Sacramento tocó el fortín con una maza que llevaba en una mano, de éste salieron despedidos un gran número de cohetes, rasgándose al mismo tiempo una nube “de hermosos celajes” que estaba en su cima, que dejó al descubierto a un niño y una niña (posiblemente de carne y hueso aunque el cronista no lo aclara), vestida la primera como la virgen santísima y el otro como el beato homenajado. Después de que el rey dijo media docena de octavas en las que recordó que a pesar de su pobreza ofrecía aquél castillo, se abrió una de sus puertas por donde aparecieron doce salvajes más, que hicieron “una danza muy curiosa que fue alegrando la procesión”.⁵

³ Archivo Histórico del Distrito Federal Carlos de Sigüenza y Góngora [en adelante AHDF], *Actas de Cabildo*, 351a., 23 de octubre de 1595.

⁴ Luis Weckmann, *op. cit.*, p. 529. Asimismo, señala este autor —citando a fray Matías de Escobar—, que en el siglo XVIII, concretamente hacia 1730, las representaciones de moros y cristianos cayeron en desuso entre los españoles, si bien los indios en sus pueblos, las habían abrazado como algo propio, entremezcladas con la danza y el canto. Véase p. 520.

⁵ Andrés Pérez de Rivas, *Crónica e Historia Religiosa de la Provincia de la Compañía de Jesús de México en Nueva España*, 2 t., México, Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, 1896, p. 250.

Para las demostraciones de alegría por la beatificación del jesuita “San” Francisco Javier, el Cabildo, pesar de las penurias económicas por las que atravesaba, dispuso en el mes de noviembre de 1620 (argumentando que la Ciudad le debía mucho a la Compañía de Jesús por dedicarse a la educación), que se dispararan cámaras y cohetes, que se pusieran en los corredores y azoteas de su edificio pipas con leña y la quema de algunas ruedas de fuego y “artificios de castillos”,⁶ ocupando, como lo harán en muchas más ocasiones, un lugar destacado en la catarsis pirotécnica de cada fiesta. Estas estructuras de carrizo forradas de cartón o madera seguían teniendo la forma de una fortaleza con torres, almenas o fosos, como los que se construyeron para la fastuosa y solemne celebración que hicieron alcaldes, clero secular y órdenes religiosas de las ciudades de México y Puebla por la canonización (ocurrida desde marzo de 1622) de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, que tuvo lugar entre noviembre de ese año y enero del siguiente.

De todos los castillos que hubo entonces en ambas ciudades, llamó la atención el que, defendido por soldados, se construyó frente a la catedral en la capital, que era tan grande que, según un cronista anónimo, “llegaba a lo más alto de las azoteas” y cuando le prendieron fuego despidió grandes cantidades de tiros, bombas y cohetes cuyo humo espeso impidió la visibilidad de la calle. Fue repetido durante varias noches el tema de la gustada y larga batalla pirotécnica entre los defensores de artillados castillos y un número igual de galeones, navíos o galeras llenos, a su vez, de artificios similares.⁷ Casi veinte años después, seguían de moda esas fortalezas y esas escaramuzas, como las que se alzaron tanto en la Plaza de Armas de la capital en el mes de junio de 1640 cuando se supo la

⁶ AHDF, *Actas de Cabildo*, 362a., 4 de noviembre de 1620.

⁷ “Relación de las fiestas que se hicieron en esta ciudad de México en la canonización del glorioso S. Ignacio y S. Francisco Javier en 26 de noviembre de 1622 y por todo su octavario” [26 de noviembre a 5 de diciembre], y “Relación breve de las fiestas que el Colegio de la Compañía de Jesús y de la insigne ciudad de los Ángeles ha hecho en la canonización de S. Ignacio, su patriarca y fundador, y de S. Francisco Xavier, Apóstol del Oriente, y del beato Luis Gonzaga” [7 a 15 de enero de 1623], en Julio Alonso Asenjo, “No se podía hacer más”. Relaciones de las fiestas por la canonización de Ignacio de Loyola y Francisco Javier en México (1622) y Puebla (1623), Julio Alonso Asenjo (texto crítico, paleografía y anotaciones), en *TeatrEsco. Revista de Antiguo Teatro Escolar Hispánico*, n. 2, 2007, <http://parnaseo.uv.es/>.

noticia de que ya estaba en Veracruz el virrey Diego López Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona, Grande de España, como en Chapultepec un mes después, para celebrar su entrada a México. La primera de ellas era un castillo de fuego “de cinco cuerpos”,⁸ y la segunda, que contaba con cinco torreones, fue colocada en medio del patio de las habitaciones que ocupaban los virreyes en la base del cerro, convirtiéndose en el escenario de otro combate muy del gusto no sólo renacentista sino también medieval, pues de él “salieron dos hombres armados a pelear con una sierpe de notable grandeza, despidiendo de sí mucha artillería, cohetes sin número, bombas de fuego artificioso y multitud de buscapiés”.⁹

Castillos efímeros se vieron, asimismo, en la festividad que la misma capital hizo en octubre de 1700 por la canonización de San Juan de Dios. En las vísperas del día 23, hubo —al decir del cronista Antonio de Robles— “muchos y buenos fuegos”, entre ellos, cuatro castillos y, en la noche del 26 (uno de los días del octavario), ardieron “fuegos de hombres armados y castillos”.¹⁰ Todavía los hubo durante tres noches en la proclamación que hizo la capital para el monarca Fernando VI, entre el 11 y el 13 de febrero de 1747, siendo el combate más aparatoso el programado para la tercera. El remedo de alcázar apareció rodeado de cuatro navíos que le disparaban sus cañones “en ademán de querer ganarlo”, mientras de él salían también proyectiles, que en ambos casos, eran unos globos de luz que duraban mucho tiempo “ilustrando el aire”. Para la primera noche, la oferta pirotécnica del Ayuntamiento, tanto para su fachada como para la Plaza Mayor frente al real palacio, contó con seis castillos elevados, que se incendiaron unos en cuatro y otros en cinco tiempos, por su copiosidad de cohetes, bombas, buscapiés y ruedas. Junto a esos castillos figurados, presentaron una “erguida luminaria de 26 varas de alto” que se había previsto que consumiera el pábulo necesario para durar cada una de las tres noches. Sin embargo, un tremendo norte que sopló “con vehemencia y con arrebatados torbellinos” desde la primera, lo redujo a cenizas después de poner en

⁸ AHDF, *Actas de Cabildo*, 369a., 30 de junio de 1640.

⁹ Cristóbal Gutiérrez de Medina, *Viaje del virrey marqués de Villena*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. 78 y AHDF, *Actas de Cabildo*, 369a., 3 de julio de 1640.

¹⁰ Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables (1665-1703)*, México, Porrúa, 1946, t. 3, p. 115-132.

movimiento varias ruedas que contenían “muchas macetas de ingeniosa industria”. Según el cronista del suceso, se quemó de un solo golpe de arriba abajo, dejando “en suspensión” a sus maravillados observadores.¹¹

Este tipo de juegos, a pesar de todo, comenzará, con el paso de los años, a prevalecer en los espectáculos pirotécnicos, al sintetizarse en ellos la figura del castillo, convertido en estructuras grandes de varios niveles hechas de carrizo entretreído con diversos tipos de artificios que tronaban en distintos tiempos. Sin tener ya que ver muchas veces con la característica forma de una fortaleza, ésta heredó su nombre y su fama —el castillo— a una de las piezas más gustadas del mundo pirotécnico mexicano, desde por lo menos la segunda mitad del siglo XVIII hasta nuestros días. Los fuegos festivos del fin de la época colonial novohispana que incluyeron “que-
ma de castillos” —como “el grande cuadrado” que ardió delante de palacio el día que fue bautizada una hija póstuma del virrey conde de Gálvez en diciembre de 1786,¹² o los de la exaltación al trono de Carlos IV en 1790 por ejemplo¹³— ya forman parte de esa herencia, igual que los más simples, pero no menos importantes “castillos” que los vecinos del barrio de La Merced mandaron hacer en 1791 para la procesión de María Santísima y que un licenciado con influencias prohibió, porque sus cohetes caían en los balcones de su casa.¹⁴ En tiempos del virrey marqués de Branciforte, para la inauguración de otra efímera estatua ecuestre de Carlos IV el 9 de diciembre de 1796 (fabricada en madera¹⁵) un valenciano llamado

¹¹ Joseph Mariano de Abarca, *El Sol en León. Solemnes aplausos con que el Rey Nuestro Señor D. Fernando VI, Sol de las Españas fue celebrado el día 11 de febrero del año de 1747 en el que se proclamó su Magestad exaltada al solio de dos Mundos por la muy noble y muy leal Ciudad de México*, México, Imprenta del Nuevo Rezado de Doña María de Ribera, en el Empedradillo, 1748, p. 79-80 y 258.

¹² Francisco Sedano, *Noticias de México desde el año de 1756, coordinadas, escritas de nuevo y puestas en orden alfabético en 1800*, México, Imprenta de J. R. Barberillo, 1880, t. I, p. 38-39.

¹³ *Breve relación de las funciones que hicieron en los días 31 de enero, 2 y 7 de febrero de 1790 los patrones del noble arte de platería [...] por la exaltación al trono de nuestro amado soberano en Sr. Don Carlos IV*, México, Felipe Zúñiga y Ontiveros, 1790, p. 17.

¹⁴ Archivo General de la Nación [en adelante AGN], Pólvara, México, septiembre de 1791, v. 67, exp. 12.

¹⁵ Ya había habido una efímera de madera y yeso inaugurada, en diciembre de 1789, durante el gobierno del virrey Bucareli.

Vicente Chornet, que ostentaba el título de “maestro público en los fuegos artificiales”, firmó un contrato ante notario¹⁶ para elaborar con coheteros mexicanos un tablado en el que sería montado “un castillo grande de cuatro cuerpos, con torre y remate” (tratándose quizás de una de las últimas veces que “el castillo” se asemejaba a uno de verdad). El contenido de los fuegos en cada uno de sus cuerpos y los símbolos y emblemas que serían expuestos (esculturas que representaban a la América y a la Nueva España, los escudos de armas de la ciudad de México y de la corona, la imagen de los soberanos y el estandarte real) ratifican el mensaje de fidelidad del gobierno novohispano y de sus súbditos a su monarca. Sin embargo, a pesar de tan excelsos planes, todo parece indicar que este tablado no fue construido tal cual, ya que el cronista del acontecimiento en la *Gazeta de México*, que fue pródigo en otros detalles, sólo relató que a las nueve y media de la noche empezaron a tronar algunos cohetes de mano, que precedieron la quema de tres castillos colocados en la Plaza Mayor.¹⁷

A lo largo del siglo XIX, no hubo fiesta religiosa, política o mundana, sin el incendio de estrepitosos y coloridos castillos (en su nueva modalidad) para anunciar que llegaba su esplendoroso final. Algunos de ellos, sin embargo, fueron memorables, como el que resonó el 16 de septiembre de 1825 en la Plaza Mayor con la figura de Fernando VII sentado en su trono, que comenzó a arder por una pierna abrasándose pronto fugazmente,¹⁸ en clara alegoría a su renuencia a aceptar la independencia de México alcanzada en septiembre de 1821. A su vez, uno de los pocos castillos decimonónicos que recuperaron la forma de un alcázar, fue construido con materiales

¹⁶ Eduardo Flores Clair, “Luces en el firmamento, cohetes en honor de la Reina”, mecanuscrito, p. 1, 3 y 9. Agradezco al doctor Flores Clair que, amablemente, me haya facilitado su escrito. Vicente Chornet solicitó, el 24 de febrero de 1793, se le concediera una licencia para ejercer su oficio en la Nueva España. Fue examinado favorablemente por don Joaquín Gavilán y don Juan de Amaya en el mes de abril. Véase AGN, *Indiferente Virreinal*, c. 61, 1793.

¹⁷ “Descripción de las fiestas celebradas en la Imperial Corte de México con motivo de la solemne colocación de una estatua ecuestre de nuestro augusto soberano el señor don Carlos IV. En la plaza mayor”, *Gazeta de México*, 28 de diciembre de 1796.

¹⁸ Carlos María de Bustamante, 16 de septiembre de 1825, *Diario de lo especialmente ocurrido en México* (manuscritos inéditos), microfilm, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1823 a 1841, más trece volúmenes de 1841 a 1848 que posee la biblioteca Bancroft.

efímeros en el puerto de Veracruz para celebrar el 23 de noviembre de 1826 el primer aniversario de la rendición de los españoles atrincherados en su último reducto —el verdadero Castillo de San Juan de Ulúa— que fue asediado por mar y tierra por las tropas mexicanas desde varios meses antes. Según contó un testigo inglés, no se escatimaron ese día las procesiones y los cohetes, mientras, en la Plaza, levantaron “un triunfal templo de la Victoria” y un artificial castillo de Ulúa, cayendo este último “gloriosamente, bajo un pesado fuego de buscapiés y triquitraques”.¹⁹

Catorce años después, se olvidaron de esas estruendosas alegorías nacionalistas, como sucedió en el paradójico agasajo a Ángel Calderón de la Barca, primer embajador que envió España a México una vez reconocida la emancipación en 1836. Al término de una corrida de toros ofrecida a éste, por el afrancesado presidente Anastasio Bustamante, en la Plaza de San Pablo en enero de 1840, se quemó un castillo de fuegos artificiales erigido en el centro de la arena, en el que, entre los resplandores de las luces coloreadas, aparecieron primero las armas de la República, con el águila y el nopal y, encima de éstos, el retrato de cuerpo entero de Calderón. Como ese castillo iba quemándose de abajo hacia arriba, cayó primero “el águila mexicana con su estallido”, mientras en medio de los “alaridos y aclamaciones” del público, el embajador “seguía ardiendo brillantemente iluminado por los buscapiés”.²⁰ Antonio García Cubas, por su parte, gustaba evocar en sus memorias, como uno de sus apreciados recuerdos de juventud (ocurrida entre el decenio de los cuarenta y cincuenta del siglo XIX) los infaltables castillos de toda fiesta mexicana, especialmente en las destinadas a los santos patronos. Escribió que se distinguían desde lejos a través del humo de los hachones de los vendedores “como sombras fantásticas”, en cualquier cruceo de dos calles. Al salir de los templos, la gente se arremolinaba para presenciar lo que iba sucediendo en la quema de cada cuerpo del castillo hasta llegar al superior, en el que, “después de muchos tronidos, aparecía la imagen del santo celebrado dentro de un marco de luces de colores brillantísimos”. También dio cuenta

¹⁹ G. F. Lyon, *Residencia en México, 1826, Diario de una gira con estancia en la República de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 250.

²⁰ Madame Calderón de la Barca [Frances Erskine Inglis], *La vida en México*, México, Editorial Hispanoamericana, 1945, t. I, p. 122.

de su larga duración (en cuanto a los juegos pirotécnicos empleados en ellos) al señalar que, hacia principios del siglo XX, seguían consistiendo en “soles de chispas y jarrillas que giraban sobre sus ejes” impulsados por la fina cohetería, “formando rehiletes de fuego”, mientras las luces de bengala iluminaban los cambios de un nivel al otro.²¹

Un *reporter* de la fiesta patria del 16 de septiembre de 1895 en el Zócalo, registró la efímera y vertiginosa vida de “las armazones blancas llamadas castillos” que se instalaban en todas las plazas de la ciudad. Éstas, dijo, se incendiaban entre relámpagos y truenos “agitando conos de chispas en violenta revolución”, moviendo sus variadas figuras pintadas en cartón, para quedar como un enorme esqueleto calcinado, “con unos cuantos mástiles y varillas tachonados de varitas de colores” que desaparecían en muy breve tiempo.²² Para las fiestas patrias de 1910 (centenario del inicio de la guerra por la independencia) la vistosa quema de castillos no fue lo que cerró los festejos del día 16, ya que después de ellos siguió una serenata,²³ ni tampoco fueron el remate del pirotécnico *Garden Party* organizado para la *crème* de la sociedad en el lago de Chapultepec, donde cerraron con una fuente de fuego convertida en geiser como diré más abajo. Ahí, a la vieja usanza de la primera pirotecnia, fue construido un fuerte “con sus almenados torreones”, aunque ahora, usando el lenguaje puesto de moda por la Inglaterra victoriana, el cronista lo llamó “de bric à brac”.²⁴ Su culminante derrumbe, atacado sin tregua por dos acorazados, fue, sin embargo, un momento enardecido y meticulosamente planeado, empezando con una serie de estampidas parciales, seguidas por un incendio “en haces de cohetes deslumbradores”, que, a la postre, lo hicieron “saltar en una formidable explosión”.²⁵

²¹ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946 (Biblioteca Popular), p. 70. El lenguaje que antes había apelado a “la maravilla”, ahora en el decimonono —aunque no dejaba de expresar que los fuegos artificiales eran maravillosos— incorporaba el nombrarlos “fantásticos” y “fabulosos”.

²² J. P., “Juegos Pirotécnicos”, en *El Mundo. Semanario Ilustrado*, 22 de septiembre de 1895.

²³ *El Imparcial*, 18 de septiembre de 1910.

²⁴ *Bric à brac*, término de origen francés que se refiere a objetos de decoración, ornamentales o raros.

²⁵ *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1910.



El dragón, la sierpe y la hidra también hicieron una breve pero no menos didáctica y adoctrinada aparición pirotécnica. En la fiesta que la ciudad de Mérida dedicó, el 8 de diciembre de 1618, a la “Pureza de la Concepción de la Virgen” fue copiada, deliberadamente, la manera como la ciudad de Sevilla había hecho “con grandeza” la misma celebración, escenificando acá —en cuanto a fuegos— un carro “de vistosa fábrica y arquitectura” que portaba en su remate una pequeña imagen de la “Reina de los Ángeles”, a cuyos pies simbolizaron el demonio vencido “con un dragón espantoso”, que despedía por la boca muchas bombas de fuego, invención descrita como “cosa digna de admiración”.²⁶ Para homenajear la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier en noviembre de 1622 en la ciudad de México, hubo un tablado grande en el que tres figuras “disformes”, que evocaban “los tres enemigos del alma”, compartían el escenario con “un serpentón grande de siete cabezas” que, a su vez, representaban a los heresiarcas. De pronto, una nube enorme se les acercó abriéndose y mostrando a los dos santos que arrojaron rayos de fuego a los monstruos hasta que se consumieron, entrando aquellos de nuevo en la nube que regresó a su lugar. En otra de las procesiones, donde sacaron a los santos en un carro, iba a los pies de San Ignacio “pintada muy al vivo” una hidra de siete cabezas “con alas y cola enroscada de bulto que medía vara y media” que echaba fuego por la boca y que significaba la herejía, de quien el santo “alcanzó victoria”. Dos pecaminosas serpientes de siete cabezas fueron quemadas en los días que siguieron —una de ellas despidió de sí tanto fuego “que casi no quedó de ella memoria”—, y no fue menos dramático un “gran dragón” que ofreció afuera de su casa el conde de Santiago —que echaba por la boca gran cantidad de cohetes y que quedó convertido en ceniza luego de abrasarse, gracias a las bombas que le arrojó “un árbol copado” lleno de artificios—.²⁷ En las fiestas que hizo la

²⁶ Diego López Cogolludo, *Historia de Yucatán*, reproducción facsimilar de la primera edición de 1688, México, Editorial Academia Literaria, 1957, p. 499.

²⁷ “Relación de las fiestas que se hicieron en esta ciudad de México en la canonización del glorioso S. Ignacio y S. Francisco Javier en 26 de noviembre de 1622 y por todo su octavario” [26 de noviembre a 5 de diciembre], y “Relación breve de

ciudad de Puebla por lo mismo en enero del año siguiente, “dio mucho qué ver”, que además de los fuegos ordinarios, fuera quemada en las torres de la Catedral una sierpe y al día siguiente en el mismo lugar “un ferocísimo demonio”, que sucumbió ardiente por los fuegos que le disparó San Ignacio, que volvió a aparecer transportado por una nubosidad.²⁸

Poco más de un siglo después, para las solemnes fiestas que se hicieron en la capital, en enero de 1727, por la canonización de San Juan de la Cruz, pervivían los temas y el mensaje vistos cien años antes en las ciudades de Mérida, México y Puebla. En esta ocasión, el escenario sucedía, asimismo, en un carro triunfal que fue muy aclamado no sólo en la procesión de la mera celebración —15 de enero—, sino en las de todas las noches de la octava. En él pintaron al Profeta San Elías y a su discípulo Eliseo, quienes al pasar milagrosamente El Jordán, eran raptados “por un encendido carro todo de fuego tirado por abrazados caballos” que los conducía por los aires al Paraíso. En este segundo carro pintado sobre una enorme nube simulada, Eliseo era sustituido por el homenajeado, al que San Elías enviaba una capa con dos ángeles mediante los cordeles de una tramoya. Fuera del carro, aunque sobre la misma nube, debajo del lugar que ocupaba San Juan de la Cruz, colocaron “un horrible dragón de tres varas”, tan alto y ancho como el vehículo, en cuyo cuerpo ardían dos hachas, en sus alas muchas luces y en su lengua y ojos llamas de fuego encendido. Este carro iba adornado, además, con versos y quintillas, en los se explicitaba que el dragón era un símil del mismo demonio que no pudo vencer al santo.²⁹



las fiestas que el Colegio de la Compañía de Jesús y de la insigne ciudad de los Ángeles ha hecho en la canonización de S. Ignacio, su patriarca y fundador, y de S. Francisco Xavier, Apóstol del Oriente, y del beato Luis Gonzaga” [7 a 15 de enero de 1623], en Alonso Asenjo, *op. cit.*

²⁸ *Idem.*

²⁹ Biblioteca Nacional de España, Sala Cervantes, 2/2908 Juan José Zúñiga, *El segundo quince de enero de la corte mexicana. Solemnes fiestas que a la canonización del mystico doctor San Juan de la Cruz celebró la Provincia de San Alberto de Carmelitas de esta Nueva España*, México, Joseph Bernardo de Hogal, 1730, p. 132.

El género *animalia*, tan maravilloso y real como el de los seres y las fieras fantásticas, se llevó las palmas en las fiestas religiosas de las primeras décadas del siglo XVII. La primera vez sucedió en la ciudad de México cuando la beatificación del jesuita Ignacio de Loyola el 31 de julio de 1610. Apareció un elefante “de maravillosa grandeza y gracia” con el vientre hueco lleno de cohetes, morteruelos y bombas. Según Pérez de Rivas, cronista de ese acontecimiento, a los que caminaban en procesión aquella mañana, les “espantó ver su figura tan al natural retratada”. En el lomo del paquidermo iba montado un etíope moreno “en forma de rey”, que fue, posiblemente, quien le pegó fuego por una secreta cuerda alquitranada, disparándose al momento dos bombas que lo rompieron en dos, saliendo de ahí, de la trompa y de los ojos tantos cohetes con ímpetu y gran velocidad, “que fue cosa que puso admiración y dio mucho gusto”.³⁰

Para festejar las canonizaciones —doce años más tarde— de San Ignacio de Loyola y la de San Francisco Javier, exhibieron en la capital un camello de tamaño normal cargado con dos barriles llenos de artificios de pólvora, que formaba parte de la comparsa que mostraba al continente asiático. Al pasar delante de la imagen de los santos, les ofreció un verso en el que, en pocas palabras, decía que ellos también eran “todo fuego” y, después de despedir gran cantidad de bombas, tiros y morteretes, siguió su paso, quedándose tan entero como antes. A continuación, un elefante que caracterizaba al África (que jugó el mismo papel que el camello y el de los dos animales que nombraré enseguida con todo y su recitación) echaba por la trompa y colmillos globos de fuego y chispas “a modo de flores”, que al decir del relator, “causaba muy agradable vista y entretuvo muy gran rato al auditorio”. En el carro de la América que siguió, iba un águila posada sobre un tunal que sostenía en su pico y garra derecha una culebra (en cuya escenografía se había pintado “una laguna grande muy al propio con muchas embarcaciones de esta tierra, tules, patos, garzas y otras aves”). Este artificio, medía cinco varas de alto y “movía secretamente sus ruedas”, prendiéndose sus fuegos una vez pronunciadas por “el rey” Moctezuma las palabras a los santos, saliendo de pronto de la laguna y de la misma águila, muchos cohetes y bombas con los que les hizo salva. Apareció luego

³⁰ Pérez de Rivas, *op. cit.*, p. 251.

un caballo de madera en el séquito del monarca Filipo que representaba a Europa, con un plumero de varios colores en la frente “lleno de bombas, tiros y fuegos artificiosos y un pretal de cascabeles de lo mismo”. Por último, llegó el turno de un león “feroz”, parado en la cumbre de un gran monte y con un soneto pintado en una cartela, que hablaba del esfuerzo con que San Francisco Javier misionó en la India y al que pegaron tal fuego que duró “un buen rato”, quedando al final tan completo como los demás animales que lo precedieron. En las solemnidades de Puebla en enero de 1623 por el mismo acontecimiento y en cuanto a animales se refiere, se contentaron con el disparo de un águila encohetada que tuvo “gran vistosidad”.³¹



El gigante hizo su asombrosa aparición escénica para la solemne inauguración del nuevo templo de la Profesa de la Compañía de Jesús, cuya edificación se aceleró con ayuda del virrey para que en él se celebrara la ceremonia (como ya señalé más arriba) por la beatificación de su patrono Ignacio de Loyola el 30 y el 31 de julio de 1610. La artificiosa pirotecnia diurna de uno de los tablados de la Plaza al paso de la procesión en la segunda de esas fechas, incluyó, financiado por el gobierno de la Ciudad, “un gigante disforme y corpulento” que en vez de una tenía cuatro cabezas, representando cada una a un famoso heresiarca —Calvino, Lutero, Zuinglio y Melancton— cuyos nombres se leían tanto en el pecho como en la espalda del titán, ya que las testas cubrían sus rostros con “máscaras feísimas”. Portaba en una mano un gran mazo y en la otra un escudo formado por una rueda de cohetes, mientras se entreveraban en su cuerpo espesas bombas de fuego, cohetes voladores y “hasta cien tiros de mosquetes”. El gran espectáculo comenzó cuando desde una azotea vecina al Ayuntamiento, apareció el Santo Padre Ignacio con un rayo de fuego lleno de cohetes voladores y buscapiés en la mano derecha que lanzó a la estatua de las herejías a la vista de todos los concurrentes, abrasándose ésta inmediatamente y arrojando con

³¹ “Relación de las fiestas...”, en Alonso Asenjo, *op. cit.*

retumbo toda su carga, al tiempo que, del mismo lugar donde estaba el beato, eran disparadas ochenta cámaras que fueron respondidas al mismo tiempo con ochenta similares desde la azotea de palacio. Para el cronista de la efeméride, se trató de “una de las mayores y más solemnes salvas que se han visto jamás en este reino”, cuya espesa nube de humo “quitaba la vista del sol”.³² No fue, sin embargo, el único coloso de ese festejo, exhibiéndose otro más cuando la procesión de esa mañana regresó finalmente a la Profesa. De la torre de la iglesia, descendió de pronto por una cuerda la figura de Jesús, que pegó fuego a un gigantón que estaba colocado en el atrio y que simbolizaba, asimismo, la herejía por la gran sierpe que envolvía su cuerpo, tronando acordes los copiosos cohetes voladores y buscapiés con que ambos habían sido rellenos.³³

La efigie del gigante fue otra vez presentada en la ciudad de México, aunque fugazmente, en las fiestas de santificación de San Ignacio y San Francisco Javier en 1622. Un siglo después, sería de nuevo traída a cuento magníficamente en la celebración por la canonización de San Juan de la Cruz, regocijo en el que, según Juan José Zúñiga, “se llevó todos los lucimientos pirotécnicos”. El artífice que fabricó la invención la tituló “El gigante de la Puente de Mantible”, evocando la comedia caballeresca de Calderón de la Barca *La Puente de Mantible* publicada desde 1636, en la que cuenta un episodio de Carlo Magno cuando, al frente de un ejército numeroso, entró en España a libertar a los doce pares de Francia hechos prisioneros por los sarracenos. Su principal obstáculo era vencer a un par de gigantes —sobre todo a uno de ellos— que resguardaban el único puente que permitía atravesar un río caudaloso. Al final de un arduo combate, los titanes murieron, facilitando la liberación de los prisioneros. El gigante posado sobre un puente que vieron los novohispanos capitalinos ese 15 de enero de 1727, medía 30 varas de alto y llevaba la cabeza bien afianzada a un perno para no perderla con los movimientos veloces que le hacía ejecutar el fuego del alfanje que portaba en su mano izquierda y de la rodela de la derecha, instrumentos que iban provistos de “girándolas” que disparaban docenas de cohetes volantes. En cada una de las cuatro esquinas del puente había una galera, desde las que también salían disparos,

³² Pérez de Rivas, *op. cit.*, p. 251.

³³ *Ibidem*, p. 254.

encendiéndose a un tiempo después de haberlo hecho el corpulento, empezando todos con “hermosas luces” y terminando en “ardientes llamas”. Esa invención, que fue adjetivada como “prodigiosa y magnífica”, opacó a los fuegos de las siguientes noches. Contó con decenas de ligeros cohetes voladores que salían de todas las partes del cuerpo del fornido vigilante, llegando, finalmente, a despedir los que ocultaba en la cabeza y el turbante, que subían muy alto y que prolongaron el tiempo y el espacio de su incendio.³⁴

Para las “amorosas y leales demostraciones” que hizo la ciudad de México en febrero de 1747 con motivo de la inauguración en el trono de Fernando VI, volvió a aparecer el imaginario de lo gigante y el gigante mismo, esta vez en la segunda noche de festejos, en unas invenciones de fuego apreciadas por Joseph Mariano de Abarca como las más abundantes y las de mayor divertimento en esos días. Se trató, primero, de “un caballo monstruoso por su grandeza y pulido” montado en cuatro ruedas, de cuyo vientre brotaron diez hombres armados de fuego vivo, que ardieron hasta quedar “vestidos de lucientes llamas”. Terminado su juego, se iluminó e incendió el equino “gastando [en esto] mucho tiempo”, mientras era paseado por la Plaza y el frente de palacio. En otro momento de esa noche y muy cerca de ahí, en la que se llamaba calle de los Cereros, fue ofrecido un “membrudo gigante de pólvora y azufre”, que quedó finalmente desvanecido con la fuerza de sus propias armas.³⁵



El árbol fue otra de las figuras más gustadas en las funciones novohispanas de fuegos de artificio. Los hubo “copados de fuego” y que duraron “un muy grande espacio en despedir su fruto” en las ciudades de México y de Puebla, cuando se convirtió en espectáculo la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier a fines de 1622 y principios de 1623. Veinte años más tarde, destacó uno de buen tamaño que se encendió en la Plaza de Armas de Puebla cuando fue recibido el virrey Diego López Pacheco el 29 de julio de 1640, que, según Cristóbal Gutiérrez de Medina, despidió tantos cohetes “como

³⁴ *Ibidem*, p. 252-253.

³⁵ Abarca, *op. cit.*, p. 260-262.

podría tener hojas si fuera natural”, que al final formó una cruz de tres varas de alto con dos órdenes de luces.³⁶ A su vez, ocho árboles de fuego amenizaron las vísperas y el mero día de “la entrada” del arzobispo virrey Juan de Ortega y Montañez a fines de enero de 1702.³⁷ Un poco más de medio siglo después, en la Nueva España seguía gustando esa invención tanto como sucedía en Europa³⁸, siendo programada para San Ignacio de Loyola en la ciudad de Guadalajara. Se trataba de un árbol de dos cuerpos y dos tiempos “con varias tarabillas que repartan el fuego con muchas ideas”, que remataba con un mundo que, una vez consumido, se abría en dos, apareciendo la imagen del santo en medio de los truenos de docenas de cohetes y buscapiés.³⁹ No faltaron tampoco cuatro árboles “muy lucidos”, en diciembre de 1786, por el bautizo de Guadalupe, una hija del virrey conde de Gálvez que él no llegó a conocer.⁴⁰

En La Real y Pontificia Universidad, tuvo lugar, la tarde del 1 de mayo de 1788, la inauguración del Real Estudio Botánico (la cátedra de botánica) festejándose el acto con árboles pirotécnicos, que estuvieron no sólo al servicio de la diversión de los concurrentes, sino también al de la difusión y el amor por la ciencia, al aludir en su temática a la polémica suscitada por entonces entre los naturalistas novohispanos, a propósito del sistema binario sexual de las plantas propuesto por el sueco Linneo. El promotor de la invención —entonces director del Jardín Botánico— que estaba de acuerdo con ese sistema, tuvo buen cuidado de transmitir sus postulados al “diestro artífice de pirotecnia don Joaquín Gavilán” que fue el elegido para fabricarla. Éste acondicionó tres árboles “conocidos en este reino con el nombre de papaya” con sus hojas características, flores y frutos, que, además, indicaban el sexo de cada uno y su función reproductiva. El árbol colocado al centro era masculino y por lo tanto lo eran sus respectivas flores, y los otros dos femeninos, con sus pertinentes flores y frutos de varios tamaños. Del primero y dirigidos

³⁶ Gutiérrez de Medina, *op. cit.*, p. 67-68.

³⁷ Robles, *op. cit.*, t. III, p. 202.

³⁸ En los tratados de pirotecnia del siglo XVIII, es común encontrar la fórmula para elaborar “cohetes que mientras ascienden van multiplicando y forman como un árbol de fuego”. Véase, por ejemplo, Giuseppe Antonio Alberti Bolognese, *La Pirotecnia. Trattato dei fuochi d'artificio*, Venecia, Appresso Gio. Battista Recurti, 1749.

³⁹ AGN, *Indiferente Virreinal, Clero Regular y Secular*, c/e 5227-003, 1763.

⁴⁰ Sedano, *op. cit.*, t. I, p. 38-39.

a los de sus lados, salían “muchos focos de fuego o escupidores [...] que representaban con perfección el polen que se transporta por el aire en todas las plantas de esta clase para fecundar las femeninas”.⁴¹ Hubo luego otras luces y fuegos “de colores” que brotaban al pie y por varias partes del árbol masculino, que contagiaron a los otros dos y que hicieron que los tres ardieran hasta consumirse, momento final cuando, en el remate del primero, apareció con letras de fuego la inscripción latina *Amor Urit Plantas* (el amor incendia las plantas) usada por Carlos Linneo en su disertación *Praeludia Sponsaliorum Plantarum* escrita en 1729.

La referencia a estos artificios didácticos no sólo es importante por su relación con el mundo científico, sino porque se trata, probablemente, de una de las primeras menciones del uso de fuegos coloreados en la Nueva España, revolución notable que hizo el color en la pirotecnia a través del uso de agentes químicos, que en Europa se había hecho común desde mediados de ese siglo XVIII. En cuanto a los artificios llamados árboles, se vieron en la Plaza Mayor en una de las noches de inicios de febrero de 1790 cuando festejó la capital la exaltación al trono de Carlos IV,⁴² y seguían siendo del agrado de los coheteros y de su público hacia ese fin de siglo e inicios del siguiente, según las distintas prohibiciones a los maestros artífices sobre el uso de cohetes voladores o de flama en “los árboles artificiales que construyen” (porque causaron no pocos incendios) o de plano en su total proscripción entre los años de 1811 y 1816 durante las noches y madrugadas de los días de fiesta, mientras duró la guerra de independencia.⁴³ A diferencia de “los castillos” que perduraron todo el siglo XIX, los árboles de fuego desaparecieron en esa centuria del catálogo de las piezas más demandadas, encontrándose algunos ejemplares de esa estirpe, en Villahermosa, Tabasco, en las

⁴¹ *Carta que en defensa de la Botánica y de las imposturas que el autor de la Gaceta Literaria [José Antonio Alzate] opone contra el sistema de Linneo, escribe al director del Jardín Botánico uno de sus alistados discípulos, 6 de mayo de 1788*, en Roberto Moreno de los Arcos, *Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual, 1788-1798*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 11-12.

⁴² Biblioteca Nacional de México [en adelante BNM], *Fondo Reservado*, Ms. 1389, “Carta anónima”, 1790.

⁴³ AGN, *Indiferente Virreinal, Pólvora*, c/e 1663-006, 1793; *Operaciones de Guerra*, v. 979, exp. 1, 1811; e *Indiferente Virreinal, Correspondencia de Diversas Autoridades*, c/e 1000-013, 1816.

fiestas para la Virgen de la Concepción en 1831 y en la ciudad de México en febrero de 1836, al celebrar la Congregación de San Felipe Neri la beatificación del “Venerable Siervo de Dios” el turinés Sebastián Valfré.⁴⁴

Durante el siglo XIX, sin embargo, se impondría, a partir del decenio de los cuarenta, el gusto por la recreación pirotécnica del jardín, que implicaba la presencia de varios árboles con sus juegos de luces distribuidos en distintos tiempos, pero, sobre todo, con la inclusión de múltiples y exquisitas flores, destacando con éstas, la importancia de la elaborada pieza individual, característica más relevante de los artificios de esa centuria. El día que Antonio López de Santa Anna enterró parte de su pierna izquierda en el panteón de Santa Paula —27 de septiembre de 1842—, era también un aniversario más de la consumación de la independencia que había logrado el criollo Agustín de Iturbide en 1821, por lo que los festejos en honor de ambos caudillos buscaron la magnificencia. A las ocho y cuarto de la noche en punto, según el diario *El Siglo Diez y Nueve*, dio inicio en la Plaza Mayor la quema de “unos vistosos fuegos”, que en esa ocasión figuraron un jardín (del que desafortunadamente no hubo detalles) pero los que, sin variar de asunto, duraron una hora completa.⁴⁵ Podemos atisbar otro tipo de jardín, al final de una corrida de toros en beneficio del toreador Bernardo Gaviño, que tuvo lugar en la Plaza del Paseo Nuevo el 8 de febrero de 1857. Según el programa de mano, fue instalado en el centro del circo, destacando en él “un caprichoso jarrón revestido de brillantes luces de colores”, que era lo suficientemente grande, para contener “graciosas macetas” de las que salían varios tipos de dalias, “que servirían para el último golpe de fuego”. Además de un “gracioso juguete de luces de Bengala y de hermosas chispas brillantes”, se ofreció un cuadro de cuatro diferentes piezas llamadas respectivamente “El laberinto mexicano”, “El macetón variado”, “La canasta de fruta” y “El gusto de dos amigos”,

⁴⁴ José Turriza, “Cartas a Justo Sierra O’Reilly”, en Ciprián Aurelio Carrera Bernal, *Viajeros en Tabasco*, Villahermosa, Gobierno del estado, 1987, p. 292 y *Breve relación de la solemnidad con que la congregación de San Felipe Neri de México celebró la beatificación del Venerable Siervo de Dios Sebastián Valfré los días 8 y 9 de febrero de 1836*, publicada por Luis Abadiano, México, 1836.

⁴⁵ *El Siglo Diez y Nueve*, 29 de septiembre de 1842.

realizadas por un “acreditado pirotécnico mexicano”,⁴⁶ evocando éstos cuatro temas a un jardín o espacio idealizado de la mentalidad romántica, que encontraba en él disfrute, placer y gozo.



Otro tema constante en la pirotecnia novohispana y mexicana fue el del combate de galeras entre sí, a los que me referí más ampliamente en el capítulo dedicado a la fiesta y la guerra. Acá, sin embargo, no puedo dejar de recordarlos por su pervivencia en el gusto de los artificieros y de sus públicos durante los siglos XVII y XIX. Aprovecho, además, la ocasión para asociarlos con una forma de fuegos que sólo fue mencionada una vez (lo que no quiere decir que no hayan sucedido en otras ocasiones) en la gran variedad y número de documentos y crónicas que consulté a propósito. Sucedieron durante la última noche de la octava del festejo que hicieron las órdenes religiosas de la capital por la beatificación de Rosa de Lima en abril de 1671. Ahí, “raras invenciones” fueron especialmente pensadas para el cierre, dejando para el final —después de los castillos, árboles, cohetes y ruedas— la aparición de dos galeras, remolcadas por una cuerda en la que ya iban y venían algunos fuegos, que se combatieron entre sí “con tiros de alcanfor”. El mismo cronista había señalado para alguno de los días previos, que entre “vistosas candeladas y tiros de bombas”, se habían desplegado “luces de alcanfor”,⁴⁷ producidas, quizás, por el aceite del mismo árbol colocado en algún recipiente, que, al contacto con el fuego, habría despedido seductoras y siempre agitadas llamas danzarinas.



⁴⁶ Armando de María y Campos, *Los toros en México en el siglo XIX (1810-1863). Reportazgo retrospectivo de exploración y aventura*, México, Botas, 1938, p. 23.

⁴⁷ Antonio de Morales Pastrana, *Solemne plausible festiva pompa. Magnífica, ostentosa celebridad a la Beatificación de la Gloriosa Rosa de Santa María*, México, impreso por Francisco Rodríguez Lupercio [mercader de libros en la puente de Palacio], 1671.

“Mongibelo” (nombre con el que también se designaba al volcán Etna de Sicilia) y que según el *Diccionario de Autoridades* era una palabra que se empleaba comúnmente como sinónimo de volcán, se usó también para designar un artificio que remedaba un volcán de fuego. Fue una de las invenciones de moda en el siglo XVIII europeo, ocupando un lugar de honor en la vida festiva de la Nueva España durante la segunda mitad de esa centuria. Es otra pieza que se entrelaza con el conocimiento científico, porque hubo asimismo el interés por entender a los volcanes en todas sus fases, incluidos el fantástico colorido de su lava ardiente, de su humo y de sus explosiones, paralelo al gusto de los artífices por imitarlos. Los estudios y las descripciones de lo que era un volcán en plena actividad producidos por los novohispanos en aquél siglo de las luces, utilizan, sin demeritar su lenguaje amparado por la ciencia, alusiones al “espectáculo horriblemente vistoso”, al alboroto ensordecedor como el de la artillería o a la mágica belleza de los chorros de fuego y a las centellas del artificio. Del mismo modo, se generó en México un tipo de crónica sobre la pirotecnia, que, con mucho romanticismo, la explicó como si se tratara de reales fenómenos de la naturaleza tempestuosa y volcánica.⁴⁸ El volcán fue tema de la historia natural en la *Encyclopedie* de Diderot y D’Alambert, , donde se ofreció también a sus lectores en un volumen publicado en 1768, dos planchas con sendas imágenes que muestran la actividad ígnea del Vesubio. La primera, en la que aparece en la vida cotidiana de los pescadores que observan a lo lejos sus columnas de humo en el año de 1757, y la segunda, referida al de 1754, en la que su magnífica erupción, extasia y sorprende a tres observadores.⁴⁹ Se trata de una clara alegoría de la oferta sensorial y emocional que podían brindar las

⁴⁸ Véase José Antonio Alzate, *Gacetas de Literatura de México* [publicadas entre 1788 y 1795], Puebla, Oficinas del Hospital de San Pedro a cargo del ciudadano Manuel Buen Abad, t. 1, 2, 3, 4, 1831, 23 de mayo y 17 de junio de 1795, t. 3, p. 441-443; José Mariano Mociño, “Descripción del volcán de Tuxtla”, 1793, en Elías Trabulse, *Historia de la Ciencia en México, Siglo XVIII*, México, Conacyt/Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 215-218 y *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1910.

⁴⁹ “Vue générale du Vesuve en 1757” y “Eruption du Vesuve en 1754”, en *Recueil des Planches sur les sciences, les arts libéraux...*, Cinquième Livraison ou Sixième volume 294 Planches, París, 1768, p. 200-201.

invenciones de fuego que echaban mano de la pólvora y de los avances de la química y que buscaban elogiar la belleza, la magnificencia e incluso lo sublime de los prodigios de la creación.

No extraña que fuera elegido el mongibelo para honrar a la Virgen de Guadalupe en el año de 1756, en época de plena agitación del Vesubio. El primero de ellos ardió a las puertas del real palacio de la ciudad de México la noche del 9 de noviembre, cuando fue confirmado su juramento como Patrona de América (aprobado en Roma desde abril de 1754). Se trató de una estructura del mismo alto que el edificio frente al cual estaba, que ponía en duelo muchas ruedas llenas de cajetes con aceite de ocote y brea que “de abajo a arriba iban en disminución” unidas por una mecha que de repente fue encendida, dejando ver “un mongibelo que duró más de tres horas” y que, según Castro de Santa Anna, “hacía también la figura de un ciprés de fuego”, que la lluvia que malogró en parte ese día, no alcanzó a demeritar, aunque se repitió con éxito las siguientes tres noches.⁵⁰ Un mes después, para celebrar la fiesta de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe en su Santuario, se eligió de nuevo el mismo tema que fue presentado desde las vísperas y también el mero día 12 (lo fabricaron otra vez los artífices de la capital) que tuvo gran atractivo “sin el subsidio del agua”.⁵¹ El volcán de fuego, fue, asimismo, escogido por el gremio de las “Nobles Artes de Platería” para la fiesta que hizo la ciudad de México por la exaltación al trono del monarca Carlos IV en febrero de 1790. Junto a tres “castillos”, colocaron dos mongibelos en la Plaza, pero en la dirección de la calle de los Plateros. Según escribió un autor anónimo en una relación de las especiales funciones pirotécnicas, causaron mucho gusto general a los que habían asistido “a disfrutar esa agradable diversión”, porque no sólo se quemaron en distintos tiempos, sino por lo lucido del “golpe de vista” que produjo su incendio.⁵²

⁵⁰ José Manuel de Castro Santa Anna, *Diario de sucesos notables de 1756 a 1758*, en *Diario de sucesos notables de 1752 a 1754*, en *Documentos para la historia de Méjico*, México, s. f., t. VI, p. 60-61.

⁵¹ *Ibidem*, p. 70.

⁵² *Breve relación de las funciones que hicieron en los días 31 de enero, 2 y 7 de febrero de 1790 los patronos del noble arte de platería...por la exaltación al trono de nuestro amado soberano el Sr. Don Carlos IV*, México, Felipe Zúñiga y Ontiveros, 1790. En una carta, también anónima, que se conserva en la BNM, *Fondo Reservado*, Ms. 1389, dice que las luces que ardieron en las tres noches que duró el festejo en la Plaza, Catedral,



Las invenciones de fuego que corrían por cuerdas, aunque fueron poco reseñadas, pervivieron a lo largo de la época colonial y de casi todo el siglo XIX. La ciudad de Puebla las inauguró en 1640 para el recibimiento del virrey Diego López Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona, donde las sogas por las que se deslizaban los artificios, iban de la Catedral al palacio de gobierno y viceversa.⁵³ Mucho más detallada es la explicación que dio de ellas el explorador y escritor estadounidense John Lloyd Stephens, en un libro sobre su viaje a la península de Yucatán entre los años de 1841 y 1842. Contó ahí que las vio en el pueblo de Nohcacab, cuando miraba pasar la procesión en un novenario dedicado al Santo Cristo del Amor. Observó que había un cordel tirante que tendría unas cien yardas de largo (un poco menos de cien metros) por el que, poco después, comenzaron a correr los fuegos artificiales. Apuntó que ahí la gente las llamaba “idas y venidas”, mientras en su país se conocían con el nombre de “palomas voladoras” y los pormenorizó como unos tubos inflamados que se escurrían por la soga yendo y viniendo con gran velocidad, que al desparramar “chorros de chispas de fuego sobre la cabeza de la gente”, desordenaban la procesión causando mucha risa.⁵⁴ Días más tarde, supo que los indios guardaban en un arcón las ofrendas que el Santo Cristo había recibido, donde, además de la cera, se contaban las cuerdas para ese tipo de artificio. Eran tan comunes en toda fiesta de la capital del país durante la mayor parte de las décadas del siglo XIX, como lo eran los vendedores de fruta, elotes, fiambres, cacahuates, tamales, chicha, tepache, horchata y buñuelos, que, según Antonio García Cubas, hacían detener a la muchedumbre, ya fuera para comprar algo, para ver las sombras chinescas de varias figuras o para disfrutar los efectos pirotécnicos de los cohetes corredizos. Éstos se movían por una cuerda que era tendida diagonalmente de un extremo

estatua ecuestre de madera de Carlos IV y edificio del Ayuntamiento, parecían “todo un mongibelo”.

⁵³ Gutiérrez de Medina, *op. cit.*, p. 68-69.

⁵⁴ John L. Stephens, *Viaje a Yucatán 1841-1842*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 239 y 271 [primera edición: 1843].

a otro de la calle, en la que “iban chillando”, seguidos de una cauda de abundantes chispas, para producir, finalmente, “el estallido en los momentos en que daban la revuelta”.⁵⁵



Muchos fuegos de artificio ofrecían al final de su juego un mensaje, o un retrato, o ambos, que quedaban ardiendo en la bóveda celeste o simplemente en el aire, enmarcados siempre por luces brillantes. En la Nueva España, los letreros de fuego empezaron a ser comunes hacia los últimos decenios del siglo XVIII y así continuaron a lo largo del siguiente. Éstos —igual que las imágenes— dependían de la fiesta o de la conmemoración en turno, así como de las corrientes ilustradas, liberales, conservadoras, románticas, republicanas o modernistas que se impusieron en cada período, abarcando todas ellas los ámbitos científico, religioso o político. No se trata aquí de reseñar todos los casos, sino de proponer algunos ejemplos significativos. Además de los que he señalado en este capítulo, fue comentada la inscripción que quedó como colofón de los exquisitos fuegos de artificio, ofrecidos por el gobierno de Santa Anna en la corrida de toros en honor del príncipe de Nassau el domingo 15 de enero de 1854 en la plaza del Paseo Nuevo. No en vano, la penúltima pieza de fuego que precedió a la dedicatoria que apareció en siglas “ígneas y brillantes” como conclusión de ese espectáculo, fue una corona que giraba con notable rapidez. Por si a los mexicanos les había quedado alguna duda sobre el tratamiento que debían dar a su caudillo plebeyo —el de “Alteza Serenísima”, que a su vez se lo había otorgado a él su Consejo de Estado—, al usar en esa ocasión el plural leyéndose en el cielo “A SS AA”, se equiparaba al dictador con el noble visitante.⁵⁶ Durante el gobierno conservador de Félix María Zuloaga, en el año de 1858 y en plena guerra civil con los liberales que desconocieron la heroicidad del criollo Agustín de Iturbide en relación con la independencia de México, en los consabidos fuegos artificiales con los que remató una corrida de toros para conmemorar la consumación del movimiento ocurrida el 27 de septiembre,

⁵⁵ García Cubas, *op. cit.*, p. 68.

⁵⁶ “A Sus Altezas”, *El Siglo Diez y Nueve*, 17 de enero de 1854.

apareció de repente el retrato del libertador,⁵⁷ presentando fugazmente en el aire su trágica figura, como una parodia de su efímera gloria y de su monarquía transitoria. Antes de referirme a la retórica que acompañó, durante el régimen de Porfirio Díaz, a los retratos de los iniciadores de la independencia, es necesario mencionar que en 1907, en la cumbre del poder de éste y en la fiesta de culto a su necesidad de trascender como héroe —el 2 de abril—, el triunfo pirotécnico fue una gran pieza con su retrato formado con luces blancas que medía “quince por diez metros” y que el *reporter* consideró “el castillo más celebrado y aplaudido”.⁵⁸ A su vez, los retratos de Hidalgo y de Morelos (héroes cuya actuación en vida y su paso en los juegos pirotécnicos fue igualmente fugaz), pervivieron, sin embargo, en la fe del discurso político y por ende en la memoria colectiva, que los veía emerger cada fiesta patriótica del 15 o del 16 de septiembre, envueltos en un marco de llamas, inmediatamente después de una lluvia de puntos de fuego con los colores de la bandera mexicana. Cuando se festejó el centenario del inicio de su gesta en 1910, arriba de la cabeza del primero, se leía en grandes caracteres luminosos “Héroe Inmortal”, mientras de la misma manera, se mostraba sobre la del segundo que éste sí había sabido ser “Estratégico y sagaz”. No faltó en el firmamento de esa fogosa noche nacionalista, la imagen de la Virgen de Guadalupe, conceptualizada por el redactor de la noticia como “un prodigio de perfección en sus colores y dibujo”.⁵⁹



La fuente de agua como surtidor de luces y fuego (llamada también pila en la Nueva España) fue otro de los temas que complacieron los espectáculos durante los siglos XVIII y XIX mexicanos. Es posible observar en distintos mapas y planos de la Plaza Mayor hacia fines del segundo decenio del siglo XVII, que incluía, además del Parián y la picota, una fuente redonda que pervivió a lo largo de esa centuria y toda la siguiente y que contó en su haber con varias

⁵⁷ María y Campos, *op. cit.*, p. 79.

⁵⁸ “La fiesta pirotécnica”, *El Imparcial*, 3 de abril de 1907.

⁵⁹ *El Imparcial*, 18 de septiembre de 1910.

remodelaciones. Es factible que haya sido incorporada a las invenciones pirotécnicas que imitaban sus chorros de agua, a partir del inicio de la segunda mitad del siglo XVII, como sucedió en el año de 1671 durante el júbilo por la beatificación de Rosa de Lima. Según su cronista, por obsequio de Rosa, el arte unió las dos naturalezas contrapuestas de los poderosos elementos fuego y agua, cediendo la voracidad del fuego al agua “las violencias de su ardor”, mientras ella cambiaba “lo fluido de sus cristales” por corrientes de chispas.⁶⁰ Se recurrió otra vez a esa pira con fuego en el año de 1700, en los festejos de la ciudad de México por la canonización de San Juan de la Cruz, ocupando esa invención el tercer lugar en importancia después de los castillos y los navíos.⁶¹ Para 1747, ya formaba parte de los emplazamientos de rigor que serían iluminados en la plaza, aprovechando su circunferencia (que medía entonces 58 varas), los chorros de agua y sus cuerpos y figuras —dos copas de bronce y un águila de ese metal en su cima—, según había sido reacondicionada desde el año de 1713 en el que, además, adquirió una forma octogonal.⁶²

Durante las “expresiones ardientes con que se aplaudió la exaltación del nuevo deseado monarca” Fernando VI en el mes de febrero de 1747, la fuente que se vio una de las noches era, según el cronista, como un “manantial de ardores”, porque además de que estaba rodeada en su base con teas encendidas que medían más de dos varas (un poco más de un metro y medio) apareció cubierta completamente de ruedas, llenas a su vez de bombas y “cohetes arrojados voladores de todas especies”, que cuando terminaron sus tiros, la dejaron totalmente iluminada por más de tres horas.⁶³ Para la última noche, fue la fuente la que cerró con broche de oro el espectáculo pirotécnico de la gran plaza —de nuevo se codeó con navíos y un castillo artillado— ya que en el momento preciso en que éstos expiraron, empezó a abrasarse, corriendo por ella arroyos de fuego en vez de agua, “compensando con centellas sus cristales”.⁶⁴ El recurso de “vestir de fuego artificial” la pila del centro de la plaza, se ofrecía, asimismo, en los festejos de Provincia, como en la jura del

⁶⁰ Morales de Pastrana, *op. cit.*

⁶¹ Robles, *op. cit.*, t. III, p. 115.

⁶² Abarca, *op. cit.*, p. 79-80.

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Ibidem.*, p. 260-261.

efímero monarca mexicano Agustín Primero en Ahuacatlán (Puebla) en diciembre de 1822, que al decir del alcalde en su informe al Supremo Gobierno, “aludía a la victoria y destrucción del gobierno español en este imperio”.⁶⁵ También fue planeada como tema principal con motivo del día del santo del dictador Antonio López de Santa Anna, según lo anunció el gobernador de Aguascalientes en junio de 1854. Ahí “la fuente pública” destacaría en el cierre de la función de artificios a las once de la noche en punto, momento en que debía aparecer iluminada con luces de colores, encargando de antemano “a una persona inteligente”, que figurara el mecanismo de los saltos del agua con escupidores y ráfagas de fuego.⁶⁶

Otro tipo de fuente que se empleó con abundancia en la pirotecnia de la segunda mitad del siglo XIX mexicano, ya no tuvo como base un verdadero surtidor de agua, sino que, guardando su nombre, fue recreada con estructuras de carrizo y madera, convirtiéndose en una pieza preferida en los programas de los fuegos, para los que bastan algunas anécdotas. En la solemne entrada a la ciudad de México de Antonio López de Santa Anna en abril de 1853, después de un “templete” que ardió entre vistosas chispas coloreadas y escupidores, siguió el incendio de dos fuentes, cada una “de tres golpes de fuego” costando sólo éstas 400 pesos.⁶⁷ Según un cronista anónimo de *El Siglo Diez y Nueve*, los fuegos artificiales que se ofrecieron en la plaza de toros del Paseo Nuevo al final de la corrida en honor del príncipe de Nassau, “fueron, sin duda, de lo mejor que se ha visto en su género”. Quizás los invitados especiales de ese día motivaron que así sucediera (Santa Anna, su esposa, el ministerio en pleno, el estado mayor y sobre todo, el príncipe que estaba de visita), aunque también se trató de complacer a un público de doce mil espectadores, calculado su número por el mismo periódico. Fue alabado el “hermosísimo color” de las piezas y “los caprichos sin nombre, fantásticos, vagos, deslumbrantes”, destacando entre ellos las fuentes y las cascadas, que fueron nombradas en primerísimo lugar.⁶⁸ Por último, el efecto de la fuente, fue, una vez más, el protagonista en una de las celebraciones del Centenario de la Independencia en 1910

⁶⁵ AGN, *Sin Sección*, c. 46, exp. 1.

⁶⁶ *Ibidem*, c. 428, exp. 3.

⁶⁷ *Ibidem*, c. 435, exp. 2.

⁶⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 17 de enero de 1854.

ocurrída el 22 de septiembre. Me refiero al *Garden Party* —al que también aludí más arriba— que tuvo como escenario el lago artificial de Chapultepec, donde, en medio de “una orgía de luz y colores”, colocaron cinco sifones de fuerte presión, que “en remolinos de cristal empenachados de espuma”, soltaban altos chorros plateados. Poco a poco éstos se convertían en un geiser iluminado por una luz interior muy viva, donde fueron apareciendo los colores del iris que se iban internando en la bóveda celeste, desde el violeta, el amatisa, el rojo, el azul cielo, el azul zafiro, el oro y el verde, rematando con el blanco, “que quedó como una torre de cristal fantástica” y que, al decir del *reporter* impresionado por la belleza del artificio, fue un “maravilloso final” para tan “feérico espectáculo”.⁶⁹



Las importantes piezas decimonónicas que conformaban los gustados “golpes de vista”, eran nombradas de una manera por los coheteros que las fabricaban y de otra por los que se refirieron a ellas en sus relatos y formaban parte del tema de las diferentes alegorías que necesitaría ahora cada fiesta. Entre otras muchas, los cronistas hablaron de fuegos chinos, flores de jazmín, flamas de bengala, mechas y lanzas “coloreadas”, palmeras, sombrillas, esferas, globos, guirnaldas, coronas, obeliscos, abanicos, carretillas, petardos, remolinos, caduceos, caracoles, tornillos, silbatos, nevados, gusanos de luz, fuegos cruzados, zig-zags, arañas, haces de espigas, penachos, cataratas, cascadas, cintas o chisperos. Se recurrió todavía a la arquitectura efímera, aunque en menor escala, en espacios públicos donde ahora los fuegos eran colocados estratégicamente para iluminar a los verdaderos templos, palacios, edificios, calles y plazas, movilizándolo con ello los sentimientos de pertenencia a la patria, a la nación y a la identidad religiosa, política y de barrio. No hubo cronista o viajero en la ciudad de México, que no mencionara que junto a los fuegos artificiales nocturnos ofrecidos al pueblo en toda solemnidad en la Catedral, el Palacio “y el resto de los hermosos edificios ubicados en torno a la gran Plaza”, había que agregar la iluminación

⁶⁹ *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1910.

propia de cada uno, que resaltaba la importancia de esos espacios.⁷⁰ Por su parte, Guillermo Prieto, exiliado por Santa Anna en el departamento de Querétaro, se refirió a las fachadas de los templos y a sus torres como “monumentos de luz”.⁷¹ En cuanto a algunos más de los juegos pirotécnicos como piezas únicas que se ofrecían en aquél siglo en el decenio de los cincuenta y sesenta en las corridas de toros (desde 1803 hasta noviembre de 1867 que fueron prohibidas en la capital por el presidente Juárez) se repitieron una y otra vez “el tambor de la vivandera”, “la copa de cristal abrigantado”, “el nudo de amor”, “la dalia caprichosa” o “la palma italiana con golpes de chispa brillante”. Es digna de mención, en cuanto a sus fuegos, la corrida del 18 de noviembre de 1860 en la plaza del Paseo Nuevo, que se dio en beneficio de las familias pobres de la ciudad, en la que antes de concluirse la diversión con unos “sobresalientes fuegos artificiales”, se hizo, “en consideración del objeto de la función”, una exhibición de la novedosísima luz eléctrica, que estuvo a cargo del catedrático y de los alumnos de química de la Escuela de Medicina.⁷²



Vale la pena darle un espacio al lenguaje metafórico y al imaginario que sostenía la crónica porfiriana, que narró las minucias de las fiestas patrias sucedidas no sólo en la Plaza Mayor sino en cinco plazuelas más de la capital, subrayando siempre la importancia de “la magia del fuego artísticamente combinado”. Un soñador reportero mexicano, mantuvo viva la tradición que en otras épocas se había referido a esos espectáculos de la maravilla, del asombro, del prodigio, del capricho y de la belleza, agregando a esa larga historia la vista del cohete “como daga de oro que rasga los negros senos de la noche y brotan de la herida una lluvia de puntos rojos”, al estallido como “ampolletas de mil colores que se balancean suspendidas en el espacio cual lámparas en el templo” y a los colores de los fuegos

⁷⁰ Eduard Mühlentfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, 2 t., México, Banco de México, 1993, t. I, p. 249.

⁷¹ Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema* [años de 1853, 1854 y 1855], Bibliófilos Mexicanos, México, 1968, p. 321.

⁷² Cartel de la corrida del 18 de noviembre de 1860 en la Plaza del Paseo Nuevo (colección particular).



como deslumbrantes amatistas, granates, diamantes o esmeraldas.⁷³ Otro comentarista, no menos fascinado, ratificó la larga duración de las dos categorías más importantes de la ficción pirotécnica, esto es, la de las propias piezas con sus escenarios y tiempos, y la creada por quien hizo su descripción; la del “encantamiento” que producían; la de los fuegos “que maravillaban pupilas infantiles y también las de las gentes graves y serias”; la de las detonaciones de las bombas que hacían imaginar que los presentes “se hallaban en contiendas fabulosas” y la del “entusiasmo rayano en el delirio”,⁷⁴ que despertaban en las multitudes a cada cambio de luces.

⁷³ *El Mundo. Semanario Ilustrado*, 22 de septiembre de 1895.

⁷⁴ *El Imparcial*, 16 y 18 de septiembre de 1910.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS